

Noción histórica

del mestizaje

Alberto Rodríguez Carucci

La referencia al mestizaje en nuestros países ha sido frecuente, cada vez más desde el siglo XVIII, cuando el orden colonial comenzaba a hacer crisis y empezaban a perfilarse nuevos sujetos y a emerger voces de solapada o abierta vocación separatista.

En 1781 el viajero Félix de Azara parecía advertirlo al escribir en su libro *Viajes por la América Meridional* que «la mezcla de razas las mejora... y creo que estos mestizos tienen más ingenio, sagacidad y luces que los hijos de padres y madres españoles». Otros planteamientos similares servirían en adelante para estimular el deslinde político frente a la metrópoli española. Con anterioridad, los diversos sinónimos empleados durante el período colonial —de extensa y ominosa gradación— correspondían a los modos de nombrar las particularidades étnicas surgidas del compulsivo cruzamiento biológico que se había iniciado desde los tiempos de la conquista. Todos aquellos apelativos comportaban no sólo una carga diferenciadora y discriminatoria, sino también los elementos que servirían al régimen español para decidir el trato legal y social que debería dárseles.

De aquel período quedan testimonios en las así llamadas «crónicas mestizas» escritas desde el siglo XVI por autores de las diferentes regiones del continente, entre los cuales el más divulgado y reconocido es Gracilaso Inca de la Vega, quien escribió los *Comentarios reales de los incas* y una *Historia general del Perú* donde se hallan las primeras críticas a la historiografía española, junto a propuestas que, a juicio de algunos estudiosos, constituyen el proyecto germinal de la nación y la culturas peruanas.

En el auge del barroco americano, al que Lezama Lima llamó «de contraconquista» (no «de contrarreforma»), América alcanzó un primer período de relativo equilibrio social, según la afirmación optimista del historiador Otto Morales Benítez, para quien fue también en aquella coyuntura cuando «el mestizaje tuvo conciencia de su nacionalidad, de su tierra, de su destino de libertad y de su democracia». Aquel período lega las obras fundamentales de arte y reflexión de una autora como Sor Juana Inés de la Cruz, de innegables resonancias en la evolución latinoamericana, proponiendo no sólo su visión crítica sino además la síntesis de una visión plural de la sociedad y de la cultura.

En el siglo XVIII, con las perspectivas de la ilustración y el surgimiento de nuevas capas sociales indígenas letradas, emergió abiertamente la confrontación con el modelo colonial, revelando unas circunstancias que, delimitando las presencias étnicas, se abrieron dificultosamente al reconocimiento de su heterogeneidad y complejidad. Un texto de Alonso Carrió de la Banderá (Concolorcorvo), *El lazarrillo de ciegos caminantes*, lograría representar la tensión del período tanto en el aspecto social como en sus matices étnicos.

El criollo y el mestizo —más desde una apreciación incipientemente antropológica que en su acepción genética— comienzan a ser identificados. «Más allá del cerrado mundo cultural de España —apuntó Picón Salas— se miran los alucinantes caminos de una cultura cosmopolita, que está más a tono con la época que ya aprecia el dinero y las realidades de la economía y del trabajo, y se afana en la nueva insurgencia de libertad política. Los criollos ricos viajan por Europa y regresan con cargamentos de libros prohibidos. Como expresión del nuevo laicismo aparece la tertulia urbana, donde se discuten ideas, se leen 'memorias' económicas o educativas y hasta se ejecuta tan buena música como la de aquellas reuniones venezolanas de fines del siglo XVIII». (1)

Pero sería a inicios del siglo XIX cuando la conciencia de una necesidad de definición cultural produciría un primer intento de aproximación a la visión del mestizaje como sinónimo temprano de identidad y afirmación de una imagen aglutinante de Hispanoamérica, cuando en su *Carta de Jamaica* Bolívar trataría de establecer la diferencialidad básica que distingue las peculiaridades americanas de la vieja metrópoli. El positivismo se encargaría después de asociar la noción del mestizaje con la de «blanqueo» que evidenciaría mejor aquella idea como equivalente de un camino de occidentalización, donde el resultado esperado sería poco menos que la supresión de indígenas y afroamericanos a favor de la que elucubraban sería una sociedad superior, como la soñada por Vasconcelos en su *Raza cósmica* (2), vislumbrada como una renovación étnica y cultural destinada a salvar la humanidad.

Desde los años '50 del siglo XX fue desplegada, con otras concepciones, la ideología de la originalidad y de la integración de América por el mestizaje, representada en enfoques como el aportado por el vanguardismo modernista brasileño (*Manifiesto antropofágico*) y puesto en imágenes, a su modo, por el muralismo mexicano.

El mestizaje sería visto a partir de entonces como «principal rasgo de la vida americana», como lo afirmaría Uslar Pietri (3), o como lo característico de América Latina en lo étnico y cultural, según lo vio Graciela Maturo (4), entre otras apreciaciones igualmente mitificadoras. Así lo verían también, con sus singulares matices, Luis Alberto Sánchez, Leopoldo Zea, Otto Morales Benítez.

Desde entonces mestizaje ha sido estudiado desde las más diversas perspectivas, originando una extensa bibliografía y no pocas polémicas. Así se revela la idea del mestizaje, a través de su historia y de los diferentes enfoques que la han abordado, como una noción tan evasiva e imprecisa como cambiante de un período a otro.

En estas notas intentaré un acercamiento al mestizaje desde los límites que me impone mi ámbito profesional, que es el de los estudios literarios latinoamericanos.

Durante buena parte del siglo XX los estudios sobre cultura y literatura dedicados a la América Latina estuvieron dominados por dos preocupaciones fundamentales: la originalidad y la identidad; dos nociones que han sostenido la «angustia ontológica» (5) a partir de la cual se ha extendido un insistente afán por legitimar las expresiones latinoamericanas frente al concierto y al desconcierto universales.

Una de las estrategias más frecuentes, y quizás por lo mismo muy poco elaborada, ha sido la que apela al expediente del *mestizaje* como panacea para resolver el binomio de la validez y representatividad de las literaturas de nuestro continente. El vocablo *mestizaje*, a menudo extendido hacia todas las regiones del continente, ha acuñado aquella noción más por el uso mecánico y reiterado que por su elaboración teórica, fijando así una práctica que ha privilegiado y prestigiado a los sectores mestizos —al menos desde la década de 1920— por encima de los demás componentes étnicos que poblaron y pueblan nuestra América. Sin embargo, como paradoja, cabe señalar que en el marco de la vida social latinoamericana los elementos mestizos no gozan de la misma consideración, pues aparecen generalmente discriminados por los grupos culturalmente dominantes: en Centroamérica los mestizos son llamados *ladinos*, en el Caribe se les nombra *mulatos* y en los Andes centrales se los denomina *cholos*, sinónimos regionales del lexema *mestizo* que derogan en el uso social el prestigio que aquel término ha adquirido en el uso académico, y a través del cual se ha impuesto una visión metonímica o sinecdótica (6) de la cultura y particularmente de la literatura.

El vocablo *mestizo* proviene etimológicamente del latín *mixticius*, un derivado de *mixtus* (mixto), y en las acepciones recogidas —hasta hace pocos años— por los diccionarios aparece con el significado exclusivo de «cruzamiento de razas diferentes». Conjunción, mezcla, mixtura son los semas que delimitan el sentido de *mestizo*, pero con algunos agregados que registran otras distinciones. Así, como sustantivo, *mestizo* aparece en el *DRAE* (19ª ed., 1970), con esta acotación: «Aplicase al animal o vegetal que resulta de haberse cruzado dos razas distintas». Por si fuera poco, el mismo lexicón trae el derivado verbal *mestizar* con esta única acepción: «Corromper o adulterar las castas por el ayuntamiento o cópula de individuos que no pertenecen a una misma» (sic). Recién en la edición de 1992 el *DRAE* comenzó a ofrecer una nueva acepción: «Aplicase a la cultura, hechos espirituales, etc., provenientes de la mezcla de culturas distintas», que —sugiere— darán origen a una nueva.

De todas formas, el significado de *mestizo* aparece opuesto a *puro*, como equivalente de impuro, adquiriendo cierto sentido racista de adulterado, no genuino, no original, agravado en el orden axiológico por la acepción arriba citada.

Llama la atención cómo un diccionario tan ampliamente reconocido en el mundo como el *DRAE* —en la primera de las ediciones citada— pasaba de una orientación meramente explicativa a otra descriptiva y, de inmediato, a otra valorativa, en una operación que determinaba una descalificación subliminal, ideológica, reduccionista, de todo sujeto socio-cultural que pudiera ser clasificado o calificado como *mestizo*, extendiendo así un uso colonial del término, sin nexo alguno con su pertinencia antropológica ni etnológica.

Pero si ha sido así en el registro del *Diccionario de la Real Academia Española*, el manejo de la palabra *mestizo* ha cobrado otro significado en la historia de la cultura latinoamericana.

Durante la colonia tuvo diversos sucedáneos peyorativos como *indiano*, *novohispano* o *pirulero*; a finales del período colonial, Bolívar, en la «Carta de Jamaica» (1815), habló de una «especie media entre los aborígenes y los españoles», de «un pequeño género humano» poseedor de «un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque, en cierto modo, viejo en los usos de la sociedad civil», en el cual veía «un caso extraordinario y complicado», un discurso que si bien proyectaba políticamente un propósito unificador también estaba permeado por las concepciones idealistas y románticas, sobre las cuales se tejía la utopía libertaria del estado soberano e independiente.

A finales del siglo XIX aquellas ideas fueron convertidas en el soporte del americanismo modernista, que trató de condensar la esencia ontológica de los habitantes del continente en la imagen del mestizo, al calor del liberalismo y de los aportes filosóficos del positivismo, para los cuales los mesti-

zos representaban un eslabón en el proceso de depuración racial, o de «blanqueo», que debía conducir a la modernización, es decir hacia una sociedad fundamentada en las aspiraciones y proyectos liberales de orden y progreso.

Hubo sin embargo otras perspectivas, como las expuestas por José Martí o González Prada que si bien prestaron atención a la presencia e importancia de los mestizos no los consideraron como la síntesis absoluta en la que debía encarnar la cultura y la literatura latinoamericanas, pues entendieron la significación y el sentido de las contribuciones aborígenes, más allá de la ilusión sectorial que ofrecían en su tiempo las asociaciones entre la noción de raza y la idea de modernidad, fuertemente afectadas por prejuicios segregacionistas.

Por entonces surgía ya la polémica —al parecer inconclusa todavía— entre tradición y modernidad, en cuyos contextos diversos entrarían pronto las propuestas del indigenismo y del negrismo, en disputa abierta con el discurso del hispanismo eurocentrista, que se oponía sin embargo a las concepciones anglosajonas del «darwinismo social», según el cual los blancos eran más aptos y superiores, a la vez que descalificaba otros sectores étnicos y a los pueblos de origen latino en general.

En las primeras décadas del siglo XX la polémica se veía enriquecida, hasta cierto punto, con el auge de las ciencias sociales, y en especial con las contribuciones de la antropología y de la lingüística que tuvieron ecos innegables sobre la producción de textos literarios. No obstante, se sobrepuso una ideología populista y liberal a través del discurso social-demócrata, que entronizó la presencia del mestizo como la más representativa del continente, presentándolo como «raza cósmica» destinada a redimir los destinos de América Latina, como lo propalaron organizaciones como el APRA peruano y el PRI mexicano, en una especie de destino manifiesto criollo, frente al «manifest destiny» enarbolado por los EEUU.

El mestizaje de españoles, indios y negros que predominaba en los años coloniales había cambiado a través del proceso histórico republicano, haciéndose cada vez más complejo, a medida que aumentaba la población de inmigrantes de diversas procedencias. En el siglo que acaba de concluir, ese proceso se acentuó, y la idea del continente mestizo pasó a tener durante los años cuarenta una justificación: oponer el mestizaje a la ideología racista del fascismo, que pretendía dominar el planeta en nombre de la supuesta pureza de la raza aria, cuya valoración de los pueblos mestizos los calificaba como biológicamente degenerados y por ende como inferiores y necesariamente subalternos. Como respuesta a esos juicios escribiría Luis Alberto Sánchez: «los prejuicios en torno a la degeneración proveniente del mestizaje carecen de todo fundamento científico y se reducen (...) a valoraciones *subjetivas*; (...) el mestizo (neoindio, neoeuropeo o neoriental) es y ha sido elemento diri-

mente y representativo de la cultura y la organización americana; será también él quien conduzca en lo futuro los rumbos del continente». (7)

Para Uslar Pietri el proceso del mestizaje rebasó el nivel meramente genético, sanguíneo: «Lo que vino a realizarse en América no fue ni la permanencia del mundo indígena, ni la prolongación del mundo de Europa. Lo que ocurrió fue otra cosa y por eso fue Nuevo Mundo desde el comienzo. El mestizaje comenzó de inmediato por la lengua, por la cocina, por las costumbres. Entraron las nuevas palabras, los nuevos alimentos, los nuevos usos». (8) Uslar veía así, en el mestizaje, tanto un factor de caos e intemporalidad como uno de amplitud ante la diversidad fecundante, en la que tendrían lugar las diferencias y la creación de expresiones nuevas y por lo mismo originales.

De esa forma ha evolucionado la noción de *mestizaje* hasta su canoni- zación. La operación que se mantiene fluye a través de las referencias bioló- gicas, genéticas; prosigue en la ilusión de la homogeneidad étnica y en la supuesta unidad lingüística que, conjuntamente con el sincretismo religio- so, garantizaría la unidad cultural, imaginando así una sociedad ideal y sin conflictos mediante una síntesis absoluta que consagra el ser de América Latina como una promesa, como una utopía siempre postergada que nos organiza en la gravitación de la esperanza erguida sobre nuestro destino. (9)

La impureza racial, el surgimiento de la hibridez heteróclita que marca la diferencia, la novedad, la síntesis y la originalidad se ofrecerían así como los rasgos salvadores del mestizaje en tanto definición ontológica de nuestro continente, liberado milagrosamente —en ese discurso— de su conflictividad inter-étnica y de su implacable historicidad. (10)

La noción de mestizaje, trasladada mecánicamente desde una incipiente antropología física hasta una culturología que comienza, constituye apa- rentemente una herencia tardía del positivismo cuya legitimación como categoría analítica aún no ha tenido lugar. Así ha sido transferida hasta el campo de los estudios literarios, donde ha sido empleada como instrumen- to para la construcción de un canon hegemónico, arbitrario y a menudo racista, sin espacios para la oralidad ni para otros tipos discursivos no con- vencionales como las formas híbridas que escapan a la clasificación genérica de ascendencia europea.

Sobre esas bases tan escasamente apuntaladas se ha escrito bastante so- bre «literatura mestiza» (11), sin que ello haya promovido suficientes traba- jos teóricos que den consistencia de categoría descriptiva a la citada clasificación. ¿Qué es una literatura mestiza?. Para sus promotores ha bas- tado con hablar de las instancias de producción de los textos, o de la lengua utilizada, o de las concepciones empleadas, al margen de los factores consti- tutivos de los materiales estudiados, por lo común organizados en un *cor-*

pus cuyos criterios de articulación derivan de las ideas estéticas pre-existentes y no de sus peculiaridades puntualmente estudiadas.

Últimamente, con los aportes de distintos estudiosos que han dedicado sus trabajos a los discursos alternativos de distintos períodos, ha cambiado bastante el panorama, como se advierte en las contribuciones de Angel Rama, Antonio Cornejo Polar, Martín Lienhard y Walter Mignolo, entre otros.

Los materiales legados por Garcilaso Inca de La Vega, Guamán Poma de Ayala, Espinoza Medrano «El Lunarejo», Juan Walparrimachi Maya, Alvarado Tezozomoc, Alva Ixtlilxochitl, Gamaliel Churata....., forman —con unos cuantos nombres más— una colección de «textos mestizos» a la cual se pueden sumar textos de Vallejo, J. M. Arguedas y otros. Una mirada atenta hacia el Caribe y hacia Centroamérica podría agregar más nombres, pero el inventario es todavía insuficiente, precario, y aún no articula un corpus cabalmente representativo, mucho menos un sistema literario capaz de integrar la heterogeneidad de discursos e imaginarios que forman la complejidad cultural latinoamericana.

A pesar de las citadas declaraciones de Uslar sobre la necesidad de rebasar el nivel puramente racial o sanguíneo, el orden canónico predominante, hipercodificado, parte de esos presupuestos. Esto deja planteada la necesidad de ordenar de otras formas más elaboradas, eficientes y convincentes los textos de la «literatura mestiza», acaso mejor ubicable con las propuestas de los discursos coloniales y de los discursos postcoloniales, más abiertos —sin dudas— a la diversidad, capaces de percibir más nítidamente los fenómenos interlingüísticos, la alteridad, la hibridez cultural, las tensiones y conflictos inter-étnicos e inter-culturales, la historicidad, que revelan las debilidades teóricas y las contradicciones de la ya envejecida retórica política del así llamado «mestizaje literario».

La *retórica* se ocupaba inicialmente de estudiar los recursos disponibles para que el discurso resultase persuasivo y eficaz en la comunicación. Así precisamente ha sido el uso de la figura del mestizaje convertida, por efecto de la manipulación acrítica del término, en referencia absoluta de *la* población, *la* cultura, *la* literatura y *la* identidad de todas las regiones del continente, que se ofrece bajo la apariencia de una unidad fabulada a partir de un discurso fuertemente ideologizado, pero persuasivo y capaz de construir *una* visión de la cultura y de la literatura latinoamericana, que segrega —como desaparecidos, extinguidos o inexistentes— los otros componentes que hicieron posible el propio hecho del mestizaje.

Afortunadamente «en las últimas décadas, la llamada 'nueva retórica' ha confinado definitivamente los discursos apodácticos en los sistemas axiomatizados y ha incluido todos los demás tipos de discurso, desde el filosófico hasta el político, en la voz 'retórica'. Así, todos los razonamien-

tos humanos sobre hechos, decisiones, creencias, opiniones y valores ya no se consideran como obedientes a la lógica de una Razón Absoluta, sino que se los ve en su relación mutua con elementos afectivos, valoraciones históricas y motivaciones prácticas». (12)

La idea del mestizaje parece adoptar hoy día, al calor de nuevas lecturas, el sentido de una parcialidad que debe ser revisada, pues su aparente garantía de pertinencia ha quedado bajo sospecha.

La mayor cantidad, y quizás la mejor calidad, de los trabajos críticos recientes sobre el mestizaje latinoamericano viene siendo producida por investigadores latinoamericanos quienes, probablemente ante el cancelatorio obituario difundido por la postmodernidad teórica euronorteamericana, han decidido revisar algunos espacios que parecían cerrados en las teorías de nuestras comarcas culturales en busca de opciones alternativas para entrar y salir de los límites y quimeras del mestizaje literario, aunque no sea sino para tratar de inventarle otras puertas, quizás más comprensivas, ventiladas y oxigenantes.

NOTAS:

- 1.- Mariano Picón Salas. «Lo neoclásico y el anhelo de una cultura profana», en: *De la conquista a la independencia*. 4ª reimp. México: F.C.E. (Col. Popular 65), 1969. pp. 194-195.
- 2.- José Vasconcelos. *La raza cósmica*. México: Porrúa, 2001. La primera edición apareció en 1925. Un estudio crítico sobre las concepciones de Vasconcelos sobre el mestizaje: Raúl Bueno. «Ideología racial y literatura latinoamericana: el mestizaje como imagen de desarrollo», en: Rafael Di Prisco y Antonio Scocozza (Coordinadores). *Ideología y ficción en el siglo XX*. II Congreso Internacional Literatura y Política en América Latina. Caracas: Edics. La Casa de Bello, 1998. pp. 337-348.
- 3.- Arturo Uslar Pietri. *Godos, insurgentes y visionarios*. Barcelona: Seix Barral, 1986. p. 27.
- 4.- Graciela Maturo. «El sustrato mítico religioso como base de la integración latinoamericana», en: Varios. *América Latina: integración por la cultura*. Buenos Aires: Fernando García Cambeiro Editor, 1977. p. 79.
- 5.- Cf. Antonio Tinoco Guerra. *Latinoamérica. Filosofía, identidad y cultura*. Maracaibo: Fondo Editorial UNICA, 1992. Tinoco revisa y actualiza la noción de «angustia ontológica» a partir del ensayo «Lo específico del hombre latinoamericano», de Arturo Uslar Pietri, publicado en *América Latina, conciencia y nación*. Caracas: Equinoccio, 1977. pp. 50-62.
- 6.- La distinción entre metonimia y sinécdoque es todavía imprecisa, al punto que es frecuente su asimilación en un mismo tropo, aunque hay estudios que —sin resolver las diferencias— han marcado algunos rasgos particulares en cada una de las figuras nombradas. Cf. Michel Le Guern. *La metáfora y la metonimia*. 4ª ed. Madrid: Cátedra, 1985.
- 7.- Luis Alberto Sánchez, «Llegada del europeo y nacimiento del mestizo», en: *Examen espectral de América Latina*. 2ª ed., Buenos Aires: Losada, 1962. pp. 97 - 122.
- 8.- Arturo Uslar Pietri, «El mestizaje y el Nuevo Mundo», en: *En busca del Nuevo Mundo*. México: FCE, 1969. pp. 9 - 26.

- 9.- Fernando Silva Santiestéban, «El mito del mestizaje». *Aportes (Paris)* (14): 39 - 52, oct. 1969.
- 10.- Sobre los problemas culturales que implica el mestizaje hispanoamericano observado desde perspectivas filosóficas e históricas, véase: José M. Briceño Guerrero, «El mestizaje en América», en: *América Latina en el mundo*. Caracas: Editorial Arte, 1966. pp. 126-138; Benjamín Carrión, «El mestizaje y lo mestizo», en: Leopoldo Zea (Coordinador). *América Latina en sus ideas*. México: Siglo XXI-UNESCO, 1986. pp. 375 - 400; Jorge G Llosa. «El mestizo latinoamericano», en: *Identidad histórica de América Latina*. México: Diana, 1992. pp. 88-99.
- 11.- J.J. Armas Marcelo. «Algunas acotaciones al mestizaje literario». *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, (Caracas) (308): 61 - 68, 1994.
- 12.- Umberto Eco. *Tratado de semiótica*. México: Nueva Imagen-Lumen, 1978. Sobre los cambios de funciones de la retórica: Pierre Kuentz, «Lo 'retórico' o la puesta al margen» y Gerard Genette, «La retórica restringida», ambos en *Investigaciones retóricas II*. Barcelona: Ediciones Buenos Aires, 1982.

BIBLIOGRAFÍA:

- Azara, Félix de. *Viajes por la América Meridional*. Madrid: Espasa-Calpe (Col. Austral 1402), 1969.
- Bernard, Carmen. «Mestizos, mulatos y ladinos en Hispanoamérica: un enfoque antropológico de un proceso histórico». En: Miguel León-Portilla (Coordinador). *Motivos de la antropología americanista*. México: F.C.E., 2001. pp. 105-133.
- Cornejo Polar, Antonio. «Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes». *Revista Iberoamericana* (Pittsburgh) (180): 341-344, julio-septiembre 1997.
- . «Mestizaje, transculturación, heterogeneidad». *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (Lima / Berkeley) (40): 368-371, 2º Semestre 1994.
- Espar, María Teresa. «Semiótica, literatura y mestizaje: anotaciones». *Voz y Escritura* (Mérida) (2-3): 115 - 125. 1989-1990.
- Esteva Fabregat, Claudio. *El mestizaje en Iberoamérica*. Madrid: Editorial Alhambra, 1988.
- Lezama Lima, José. «La curiosidad barroca». En: *La expresión americana*. Madrid: Alianza Editorial, 1969. pp. 43-81.
- Lienhard, Martín. «La crónica mestiza en México y el Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario». *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (Lima) (17): 105-229, 1º Semestre 1983.
- Mignolo, Walter. «Globalización y latinidad». *Revista de Occidente* (Madrid) (234): 29-42, noviembre 2000.
- Morales Benítez, Otto. «El mestizo y el barroco», en: *Revolución y caudillos*. 2ª ed. Mérida: ULA - Ediciones del Rectorado, 1974. pp. 31-58.
- Mörner, Magnus. *Le métissage dans l'histoire de l'Amérique latine*. Paris: Fayard, 1971.
- Rama, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*. México: Siglo XXI, 1982.
- Samaniego, Filoteo. «La noción de mestizaje artístico», en: Damián Bayón (Relator). *América Latina en sus artes* 2ª ed., México: Siglo XXI-UNESCO, 1978. pp. 119-120.
- Tinoco Guerra, Antonio. «El mestizaje», en: *Latinoamérica profunda*. Maracaibo: Universidad del Zulia - Fondo Editorial «Esther María Osses», 1996. pp. 73-104.
- Toumson, Roger. *Mythologie du métissage*. Paris: Presses Universitaires de France, 1998.
- Zea, Leopoldo. *Latinoamérica en la encrucijada de la historia*. México: UNAM, 1981.